

1878.

LA
ILUSTRACION VENATORIA

PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

AÑO PRIMERO.

MADRID.
IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^a
(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, NÚM. 3.

1878.



1878

PROCESO DE LA CAUSA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

REPUBLICA DE LA GUAYANA FRANCESA

(1878.)

Lamprea (Pesca de la), por V. C., 123.
Langostinos (La pesca de), por V. C., 44.
Lentiscar de Cartagena (El), por GINÉS CAMPILLO DE
BAILE, 81, 89, 97, 105 y 113.
Leon al aguardo durante la noche (Caza del), por
T. C., 211.
Leones (La caza de), por C. T., 35.
Leopardo en Africa (La caza del), por el VIZCONDE DE
SAN JAVIER, 78.
Ley de caza (La), por LEOPOLDO DIAZ VALLÉS, 75 y 134.
Ley de caza (La), por FEDERICO LOPEZ HIGUERA, 92.
Ley de caza (La), por ANDRÉS GUERRA, 100.
Ley de caza (La), por el DUQUE DE VALENCIA, 110.
Ley de caza (La).—Dictámen de la mayoría de la Co-
mision y voto particular, reproducidos, acerca de la
Proposicion de ley del Sr. Herce sobre caza, 149.
Ley de caza (Proposicion de), por G. A., 62.
Licencias de uso de armas, de caza y de pesca, 38.
Licencias de caza y pesca (Las), por ARTURO POSMER, 46.
Liebre negra (La), por ENRIQUE PEREZ ESCRICH, 22.
Liebres (La caza de correr), por C. T., 51.



Liebres (peligros de las carreras de), por R. DE P., 94.
 Lobos en la provincia de Salamanca (Aparicion de), por J. V. DE P., 71.
 Lobos (Guerra á los), por F. C., 278.
 Lonach, Laverack's Setter, por A. T., 235.
 Longevidad de los pescados, por C. V., 262.
 Lubina (Pesca de la), por C. V., 230.
 Lucha de un cazador con un jabalí, por PEDRO DE MORALES Y PRIETO, 263.
 Luz (La pesca con), por V. C., 36.

M.

Marqués de Mantua (El), por JERÓNIMO TREVIÑO, 66.
 Mirlo (El), por C. V., 268.
 Misa de los cazadores (La), por T. C., 171.
 Mónaco (La pesca en).—Pescados y corales, por C. V., 204.
 Monos con aguardiente (Cacerías de), por C., 206.
 Montería de Don Quijote (La), por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, 65.
 Montería en el siglo XIV (Una), por MARIANO JOSÉ DE LARRA, 57.
 Montería en Francia hasta los tiempos del Directorio (La), 282.
 Mújol (La Pesca del), por V. C., 99.
 Municiones (Fabricacion de), 190.
 Municiones.—Fabricacion en Filadelfia, 198.

N.

Nido (El), por P. C., 156.
 Nueva-Caledonia (La caza en), por V., 239.

O.

Oso (La caza del), por C. V., 179.
 Oso por Juan sin Miedo (Caza del), por C. T., 220.
 Oso por los emperadores de Rusia y de Austria (Caza del), por C. T., 74.
 Osos (Una cacería de), por ROGELIO JOVE Y BRAVO, 230.

P.

Pajel (Pesca del), por V. C., 203.
 Palomas (El tiro de), por C. T., 98.
 Palomas (Tiro de), por P. C., 190.
 Palomo en Valencia (El tiro del), por el BARON DE CORTES, 59.
 Pantera (Caza de la), por T. C., 195.
 Pardillo (El).—De la propiedad, naturaleza y canto del pardillo, por JUAN BAUTISTA XAMARRO, 177.
 Patos (Tirada de), por P. C., 252.
 Pavos silvestres en América (Caza de), por T. C., 204.
 Perca (La pesca de la), por V. C., 84.

Perdiz con reclamo hembra (La caza de la), por ARTURO POSMER, 86.
 Perdiz es incubador alternativo con la hembra en tiempo de cria (El macho de), por MANUEL DE LA TORRE SARDINERO, 111.
 Perdiz con reclamo (Caza de la), por ODON MACÍAS, 118 y 212.
 Perdiz con reclamo (Caza de la), por T. C., 121.
 Perdiz con reclamo (Caza de la), por ANDRÉS GUERRA, 172, 188 y 195.
 Perdiz con reclamo (Caza de la), por FRANCISCO CANTON, 246.
 Perdiz es perjudicial en tiempo de cria (El macho de), por RICARDO DE URRUTIA, 70 y 95.
 Perdiz es perjudicial en tiempo de cria (El macho de), por VICENTE MOMPÓ, 94.
 Perlas (La pesca de las), por C. V., 156, 163 y 174.
 Perrera de la *Chasse Illustrée* (La), por P. C., 223.
 Perro de muestra (El), por P. C., 170.
 Perros de muestra (Los), por C. T., 43.
 Pesca con caña, por V. C., 259.
 Pesca en la antigüedad (La), por V. C., 217, 225 y 233.
 Pesca en Rusia (La), por P. C., 238.
 Pesca fácil (Una), por V. C., 182.
 Pesca (Un nuevo aparato de), por V., 219.
 Pez espada (Pesca del), por C. T., 250.
 Pichon (El).—El malvis.—El verdecillo.—El lugano.—El verderon.—El solitario, por JUAN BAUTISTA XAMARRO, 209.
 Pietro, el célebre cazador de gamuzas, por V., 267.
 Pólvora (Fabricacion de la), por C. V., 102.
 Pólvora (La), por C. V., 92.
 Puerco-espín (Caza del), por C. V., 164.
 Pulpo (La pesca del), por V. C., 107.

Q.

Quintillas de un ingenio de Toledo, anónimo, 18.

R.

Rabia y sus efectos en la raza canina (La), por V. C., 137.
 Ranas (La pesca de las), por V. C., 91.
 Ratero (El perro), 284.
 Rellumera (Pesca á la), por ROGELIO JOVE Y BRAVO, 182.
 Rose of Devon, laverack's setter, por A. T., 242.
 Ruiseñor (El).—Del conocimiento, naturaleza y canto del ruiseñor, por JUAN BAUTISTA XAMARRO, 169.

S.

Salmon (Pesca del), por C. T., 211.
 San Eustaquio, patron de los cazadores españoles, por T., 166.

San Huberto, patron de los cazadores franceses, por C. T., 196.
 Sarda (Pesca de la), por C. V., 235.
 Sardina (Pesca de la), por V. C., 130.
 Sardina con perros (Pesca de la), por C. T., 270.
 Serpientes (Dos historias de), por T. C., 262.
 Sociedad madrileña venatoria de las lagunas de Dai-miel, 159.

T.

Tarántula (La), por NICOLÁS DIAZ PEREZ, 175.
 Tejon (Caza del), por P. C., 276.
 Tiburones (La caza de), por el CONDE DE VALMASEDA, 34.
 Tigre (La caza del), por T. C., 99.
 Tiro de pichon de Madrid, 7, 14, 23, 31, 39, 47, 55, 63, 71, 79, 87, 103, 111, 127, 135, 159, 167, 175, 247, 255, 264, 271, 280 y 287.
 Tiro de pichones de Sevilla, 111.
 Tordos (Caza de).—Paranzas, por FRANCISCO CREISACH, 279.
 Tordos con reclamo (Caza de), por T., 207.
 Tórtolas (La tirada de), por T. C., 147.
 Tortuga (Caza y pesca de la), por T. C., 60.
 Tortugas (Pesca de), por V. C., 275.
 Tragaluz (La pesca por), por V. C., 161.
 Trucha (La pesca de la), por V. C., 12.
 Truchas (Caza de), por TOMÁS JAEN, 103.
 Trufas (La caza de), por V., 158.

V.

Veda (Contra la venta de caza en tiempo de), por un aficionado, 86.
 Veda de la pesca, por E. T. DE T., 119.
 Veda en Madrid (La), 79.
 Veda (Observancia de la), por J. G. DE LA V., 54.
 Veda (Publicacion de la), por T. C., 44.
 Venado blanco (El), por CARLOS DE PRAVIA, 257, 265 y 273.
 Venado en América (Caza del), por C. T., 236.
 Venado encamado (El), por C. T., 186.
 Venadoras (Las mujeres), por C. T., 58.
 Venados en la época de la brama (Caza de), por C. T., 203.
 Víbora (La), por C. V., 131.
 Víctor Manuel indultando á un gamo fugitivo en el Mediterráneo, por A. T.—V. C., 12.

Z.

Zorro en Rusia (Caza del), por C. V., 276.

ÍNDICE DE GRABADOS.

A.

Albufera de Valencia (La), 29.
 Alondras con espejo (Caza de), 136.
 Alondras (La caza de), 89.
 Alta mar (La pesca con anzuelo en), 73.
 Anades (Pesca de), 281.
 Anguila (Pesca de la), 176.
 Apertura de la caza, 165.
 Avefrías (Caza de), 240.
 Aventuras de Juanito (Las), 129.
 Aves acuáticas (Caza de), 117.
 Avestruces del Retiro (Los), 81.

B.

Bajo-el hielo (La pesca), 24.
 Balanza (La pesca con), 56.
 Baños de mar (La pesca en los), 144.
 Barredera (La pesca con), 120.
 Bartavela (La), 288.
 Belkassem-ben-Salah, cazador de leones, 280.
 Botella (La pesca con), 145.

C.

Caballos salvajes en América (Caza y doma de), 53.
 Cacería del Rey de Portugal en los cotos de Mafra, 245.
 Cacerías Reales en Persia, 157.
 Caimanes en los ríos, esteros y lagunas de la isla de Cuba (Caza de), 113.
 Caña á la inglesa (La pesca con), 69.
 Caza infame de dañadores y cazadores furtivos, 153.
 Cazador furtivo (Un nuevo), 149.
 Cazadoras cuidando sus perros de caza (Las), 1.
 Cazadores furtivos ó dañadores, 32.
 Cazadores gozando hasta con el suplicio de Tántalo (Los), 137.
 Cetrería, 225.

Cetrería conservada entre los árabes (La), 17.
 Cetrería en el Japon (La), 85.
 Conejos (Extincion de), 168.
 Congrio con sable (Pesca del), 64.
 Con la mano (La pesca), 25.
 Cormoranes pescadores en China (Los), 189.
 Coto modelo en los montes de Toledo (Un), 93.
 Corzo de Lamartine (El), 229.

CH.

Chochas y becacas (Caza de), 9.

D.

Dan y Stella, 257.

E.

Enrique III de Valois en sus deportes venatorios, 261.
 Escombro (Pesca del), 248.
 Esparavel ó atarraya (Pesca con), 8.
 Estanque (La pesca en), 265.

F.

Fluvial (Caza), 201.

G.

Galgos en Africa (Caza con), 141.
 Gamo blanco (El), 80.
 Gamos del Pardo y de Riofrio (Las manadas de), 21.
 Gamuza en los Pirineos españoles (Caza de la), 5.
 Gato montés (El), 112.
 Gaviotas (Tirada de), 177.
 Gazapera (La), 109.
 Guacamayos en el istmo de Panamá (Caza de), 253.
 Guarda de campo modelo (Un), 72.
 Gutierrez de la Vega en traje de caza, 216.

H.

Halconero (El), 193.
 Hurones (Caza de conejos con), 192.

J.

Jabalí blanco (El), 65.
 Jabalí (La caza del), 125.
 Jabalíes á la carrera (Caza de), 221.

L.

Lamprea (Pesca de la), 128.
 Langostinos (La pesca de), 48.
 Leon al aguardo durante la noche (Caza del), 209.
 Leones (La caza de), 37.
 Liebres (La caza de correr), 49.
 Lonach, Laverack's Setter, 233.
 Lubina (Pesca de la), 232.
 Luz (La pesca con), 40.

M.

Mirlo (El), 272.
 Misa de los cazadores (La), 173.
 Montería en Francia hasta los tiempos del Directorio (La), 285.
 Mújol (La pesca del), 104.

O.

Oso (La caza del), 181.
 Oso por Juan sin Miedo (Caza del), 224.
 Oso por los emperadores de Rusia y de Austria (Caza del), 77.

P.

Pajel (Pesca del), 208.
 Palomas (El tiro de), 97.
 Palomo en Valencia (El tiro del), 61.
 Pantera (Caza de la), 197.
 Patos (Tirada de), 256.
 Perca (La pesca de la), 88.
 Perdiz con reclamo (Caza de la), 121.
 Perro de muestra (El), 169.
 Perros de muestra (Los), 41.

Pesca con caña, 264.
 Pesca fácil (Una), 184.
 Pesca (Un nuevo aparato de), 217.
 Pez espada (Pesca del), 249.
 Pietro, el célebre cazador de gamuzas, 269.
 Pulpo (La pesca del), 105.

R.

Ranas (La pesca de las), 96.
 Rose of Devon, laverack's setter, 241.

S.

Salmon (Pesca del), 213.
 Sarda (Pesca de la), 237.
 Sardina (Pesca de la), 133.
 Su Majestad la Reina Doña María Cristina de Borbon, 200.
 Su Majestad la Reina Doña María de las Mercedes, 152.

T.

Tejon (Caza del), 277.
 Tiburones (La caza de), 33.
 Tigre (La caza del), 101.
 Tórtolas (La tirada de), 160.
 Tortugas (Pesca de), 273.
 Tragaluz (La pesca por), 161.
 Trucha (La pesca de la), 16.

V.

Veda en la Alsacia (Publicacion de la), 45.
 Venado encamado (El), 185.
 Venadoras (Las mujeres), 57.
 Venados en la época de la brama (Caza de), 205.
 Víctor Manuel indultando un gamo fugitivo en el Mediterráneo, 13.

R.



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
AÑO I. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM I.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Enero de 1878.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Peninsula, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

La Caza es arte e sabiduría de guerrear e de vencer: de lo que deben los Reyes ser mucho sabidores. (D. ALFONSO EL SABIO, *Libro de las Partidas*.)

Non ha cosa que se más se allegue con las maneras del Caballero que ser montero et cazador. (EL PRÍNCIPE DON JUAN MANUEL, *Libro del Caballero et del Escudero*.)

El Cazador enamorado es el más perfecto cazador de fieras. (*Broma que para llenar este hueco les ocurre á los redactores de LA ILUSTRACION VENATORIA.*)



LAS CAZADORAS CUIDANDO SUS PERROS DE CAZA.



FIESTAS REALES.

Descripcion del famoso tiro de arcabuz que hizo Felipe IV en la fiesta agonal en que se celebró el cumpleaños del Príncipe de Asturias, el 13 de Octubre de 1631 (1).

Quiso el Excmo. Conde Duque renovar aquel ejercicio que tanto aplaudió el Foro romano, y festejar á las Majestades Católicas de Felipe el Grande y doña Isabel de Borbon, reyes nuestros, con hacerles una fiesta al uso antiguo de Roma, que celebrase los felicísimos años del Serenísimo D. Baltasar Carlos de Austria, príncipe de Asturias, que cumpla tantos como costó deseos á nuestra España. Previno cuantos brutos pudo juntar la diligencia y el poder, y así entraron en la arena á temerario duelo y á confusa batalla, los animales más feroces que ha sabido recelar el miedo y despreciar el valor. Concurrieron el leon, rey de las fieras, cuya obediencia ya tantas veces se ha visto jurada en Albania y África, cuantas Eliano y Solino encarecen. La tigre hircana, que en ferocidad y ligereza jamás cedió á ninguna en los montes. El oso, que en lo robusto y lo fuerte compite con todas. El toro, que en ánimo y fiereza los excedió en esta ocasion. El caballo, que en lo generoso y lo bizarro es el más airoso empeño de la naturaleza. Y el lebre, que en la tenacidad es el más rebelde, y en el acometimiento el más denodado. A éstos acompañaron otros menores, para que sirviesen á la risa y al entretenimiento. Determinóse que se celebrase esta fiesta en la plaza que llaman del Parque, por respetar la Mayor de esta corte, y no profanar con regocijos la tristeza que tenía por las dos recientes desgracias que lloraba: pues serán memorables y funestos para ella, señalándolos con piedra negra, los días de San Cláudio mártir y de San Luis de Francia, que en el primero aconteció el incendio que desfloró la suntuosidad de sus edificios, y en el segundo la ruina trágica de tantas vidas como se perdieron en ella, entre el alborozo de unos toros y cañas. La novedad de la fiesta llamó la curiosidad y convocó así forasteros como naturales. Jamás vió Roma en sus escaños ecuestres ó plebeyos mayor ni más lucido concurso. Bien me acreditará quien supiere, que asistían Sus Majestades y Altezas, prelados, consejos, reinos, embajadores, grandes, títulos y caballeros, con toda la mayor nobleza de España. Comenzóse el espectáculo y fué el suceso fuera de toda esperanza, porque en cogiendo el leon su fiereza, recatando su horror la tigre y perdiendo algunos animales la vida, triunfó de todos animoso el toro. Paseó el circo como señor dél, sin que ninguno de los demás brutos se lo impidiese. Él solo acometía, huyéndole todos. Desatendía el vulgo todo el resto de las fieras, y sólo se detenía en la admiracion de ver el ardimiento de aquel bruto. Ni el leon, ni el oso, ni la tigre se atrevían á esperar sus iras, desmintiendo con esta cobardía el crédito que la dilacion de la experiencia los ha dado de feroces, y las mentiras de los escritores de intrépidos, pues se hallaron medrosos, por más que procuraban juntarlos unos hombres que, cubiertos de una artificiosa tortuga de madera, que movían ciertas ruedas, iban dentro para instigar los animales, con picarlos, á que se embistiesen. No imagino que el toro maratónico, que tanto infestaba las comarcas de Tetrápolis, era más animoso, ni más terrible, ni tampoco sospecho que alcanzó Teseo mayor gloria en vencer á aquel y sacrificarle en las aras de Apolo Delfico, que granjeó nuestro poderoso Monarca en postrar á éste con el más glorioso acierto que saben las edades. El toro del cielo pudiera estar con envidia, como el leon con saña, de ver cobarde al africano aqueste; de mirar triunfante al español aquel. Pero si era español, ¿qué mucho venciese las demás fieras? Que este felicísimo clima aun hasta sus brutos cria belicosos, influyendo en la parte del valor, igualmente en lo irracional que en lo racional. Miraba Su Majestad la valentía de aquella fiera, y deseoso de que bruto que á sus ojos habia andado tan intrépido no quedase sin premio, quiso hacerle el mayor favor que pudiera desear, á ser capaz de razon. Porque supuesto que entró en aquel

(1) Este artículo, como otros muchos que pensamos publicar en este sitio para eruditos y cazadores, cual bellos trozos venatorios de historia ó literatura españolas, está tomado de la siguiente rarísima obra:

Anfiteatro de Felipe el Grande, Rey Católico de las Españas, Monarca soberano de las Indias de Oriente y Occidente, etc., por D. José Pellicer de Tovar.—Madrid, MDCXXXI, folio 4 vuelto, al 7 vuelto.

anfiteatro á morir, perdonarle la vida fuera castigo, dejándole á riesgo de que otro día la perdiera en coso plebeyo y á manos viles. Mejoró de instrumento y alcanzó, en fe de su valor, la muerte por la mejor mano que supiera elegir su instinto. Viendo, pues, nuestro César imposible el despejar el circo de aquel monstruo español, porque los que pudieran desjarretarle le hallaban defendido en los demás animales que le huían, pidió el arcabuz enseñado en los bosques á semejantes empresas, y sin perder de la medida real, ni alterar la majestad del semblante con ademanes, le tomó con gala, y componiendo la capa con brío, y requiriendo el sombrero con despejo, hizo la puntería con tanta destreza y el golpe con acierto tanto, que si la atencion más viva estuviera acechando sus movimientos, no supiera discernir el amago de la ejecucion, y de la ejecucion el efeto; pues encarar á la frente el cañon, disparar la bala y morir el toro, habiendo menester forzosamente tres tiempos, dejó de sobra los dos, gastando sólo un instante en tan heroico golpe. La sangre del ya cadáver disforme se vió primero enrojecer la plaza, que oyese el viento el estallido de la pólvora. Despertó el aplauso popular tan hermoso golpe. Pero qué mucho celebrase en su Rey el vulgo lo que, aun obrado por un hombre particular, encareciera? Aquellos aplausos que la antigüedad observaba en semejantes aciertos, fueron demostraciones cortas, pues ni su juntar de manos, ni su rumor de voces igualó al regocijo con que festejó el pueblo la destreza de su Rey. Quedó Su Majestad con aquella serenidad de semblante, aquella compostura de rostro, aquella gravedad decente, que si no hubiera obrado tan altamente; y olvidándose de la accion, apenas se le conociera en la alteracion el suceso, á no haber tantos testigos del caso.

JOSÉ PELLICER DE TOVAR.

GARCÍA DEL CASTAÑAR.

REHUSA LA OFERTA DEL REY DE LLEVÁRSELO Á LA CÔRTE.

Más precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices,
Y codicioso en la empresa
Seguirlas por la dehesa,
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo,
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con piés rojos,
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro, y anhelando
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Con su gusto de su boca:
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo,
Volverme á mi casa como
Suele de la guerra el Conde
A Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas ó tres
Pastilla de lumbré es
Y canela del Brasil;
Y entregársele á Teresa (2)
Que con vinagre y aceite
Y pimienta, sin afeite
Las pone en mi limpia mesa,
Donde en servicio de Dios,
Una yo y otra mi esposa
Nos comemos, que no hay cosa
Como á dos perdices, dos;

(2) La criada.

Y levantando una presa
Dársela á Teresa, más
Porque tenga envidia Brás (3)
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roído,
Y oír por tono el crujido
De los dientes y los huesos;
Y en el cristal transparente
Brindar, y con mano franca
Hacer la razon mi Blanca (4)
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa dando
Gracias á quien nos envía
El sustento cada día
Várias cosas platicando;
Que aquesto es el Castañar,
Que en más estimo, Señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me puedan dar.

FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.

LA CAZA EN LA ANTIGÜEDAD.

Evidentemente la caza ha sido la primera ocupacion del hombre y de las sociedades naciétes, y han precedido los pueblos cazadores á los pastores; pero la persecucion de los animales, que en un principio no fué más que una necesidad, llegó á ser, á consecuencia de los adelantamientos de la civilizacion, un placer, y por esta misma causa un privilegio que se han arrogado los más fuertes.

Hemos dicho ántes un placer, y podría decirse una passion, que se encuentra en todos los pueblos y en todos los tiempos, siempre ardiente y vigorosa, porque se relaciona con los más profundos instintos.

Por la agitacion exterior, arranca al hombre de la molición del mundo; por la fatiga del cuerpo reposa el espíritu, satisfaciendo á mayor abundamiento esa secreta necesidad que existe de probarnos á nosotros mismos nuestra destreza, fuerza y superioridad en la creacion, seduciéndonos por la libertad y el atractivo de los peligros. Platon la llama *un ejercicio divino y escuela de las virtudes militares*; Plinio, el Joven, la aconseja como una útil distraccion del estudio.

Los tiempos más remotos nos hablan, entre otros, de Nemrod, y la Historia Sagrada, de David y Sanson como intrépidos cazadores, y las cacerías entalladas en los bajo relieves asirios y babilónicos, en los monumentos que nos ha dejado el Egipto, prueban cuánto este ejercicio estaba en uso en monarquías poderosas y alcanzára en valor y superioridad, para producirse y figurar en representacion de los hechos notables al lado de las imágenes de los dioses y los triunfos de los reyes. Los príncipes persas poseían parques inmensos, poblados de venados de várias especies; Alejandro reservaba para este placer grandes cercados reales, y Darío, para consolarse sin duda de sus derrotas por el recuerdo de sus triunfos, en un arte que se asemeja á la guerra, ordenó el inscribir en su tumba que habia sido afortunado y hábil en la caza.

Como no podia ménos de suceder, fué muy honrado este ejercicio en Roma, y entre los que se distinguieron se citan á Scipion *el Africano*, Sylla, Sertorio, Pompeyo, César, Marco Antonio, y sobre toda ponderacion, si no mienten las historias, el emperador Trajano, para quien no habia mejor distraccion que lanzar y perseguir la caza mayor, única que gozaba favor en la antigüedad, que se efectuaba con grandes traillas de perros, rematando las reses á golpes de *jaculum*, como el jabalí de que habla Virgilio:

Jaculis lætisque procul clamoribus instant

unas veces, y otras hiriéndolas al paso:

*Protentaque forti
Tela tenet dextra lato vibrantia ferro.*

Pero el espectáculo más en boga fueron los gladiadores en los terribles y sangrientos juegos del Circo, conocidos

(3) El criado.

(4) Su esposa.

con el nombre de *bestiarii*, al descender á la arena para combatir en ella á las fieras que se arrojaban á la multitud, si no era el mismo pueblo el que se encargaba de la matanza desde lo alto de las gradas, espectáculo, repetimos, que llegó hasta el extremo, en tiempos del emperador Probo, de echar en el recinto del Anfiteatro, un día, trescientos leones, cien leopardos y trescientos osos, y en otro, mil avestruces, mil ciervos, mil jabalíes, mil ciervas y mil carneros, producto de dos de sus cacerías.

Entre los germanos era una especie de aprendizaje de la guerra, al que se entregaban con tanto más ardor, cuanto más peligros presentaba. Preferentemente atacaban á los animales temibles, como el oso y el toro salvaje, el *urus*, que ha desaparecido de los bosques de Polonia. Mientras este pueblo guardó su independencia, la caza fué el derecho de los hombres libres, en virtud de la máxima de los pueblos bárbaros, que la *tierra pertenece á los hombres como el cielo á los dioses*. Bajo la dominación romana fué ésta reprimida, quizás por mantener las costumbres guerreras é instintos de libertad. Así es que, á su liberación del dominio del pueblo rey, volvieron á recuperar, con una especie de frenesí, sus costumbres primitivas, y al apoderarse de la Galia se reservaron la caza como un derecho de conquista.

A la caída del Imperio romano, la caza fué para los reyes un asunto importantísimo. En cada alquería real había pajareros y otras personas ocupadas únicamente en hacer redes, y junto á los monarcas mismos venadores y halconeros.

Los poseedores de feudos imitaron á los príncipes, y organizaron como aquéllos grandes aprestos de caza. Este ejercicio era mirado como la diversion noble y más seria de la vida del caballero. La caza, dice Gaston Phebus, *sirve para huir de todos los pecados mortales; el buen venador tiene en este mundo alegría, provecho y divertimento, y despues tendrá aún el paraíso*; añadiendo que si los cazadores, en la region de las alegrías eternas, no están siempre ciertos de tener los sitios de honor, pueden á lo ménos esperar hallarse colocados en los arrabales, porque habrán evitado la ociosidad, que es la fuente de todo mal.

Aunque la Iglesia haya prohibido esta ocupación á los sacerdotes, no por eso dejaron, particularmente en la Edad Media, de entregarse á ella con pasión, gastando en aprestos suntuosos las rentas de no pocas abadías y prebendas, razón por la que á cada paso se encuentran muchísimas quejas en los Concilios y reformadores de la disciplina eclesiástica. El mismo San Bernardo se queja de los abades indignos de turbar el agua de la piscina santa, dando de beber en ella á sus perros; y un predicador del siglo xv en una extrañísima prosopopeya, muestra á Satanás con una tralla de diablos corriendo y forzando las almas de los prelados que pasan su vida en correr las llanuras y los bosques. Los venadores tonsurados se autorizaban en vano con el ejemplo de San Eustaquio y San Huberto, pues estos santos no habían pecado cazando, atendido que no eran clérigos, sino caballeros.

¿Cómo han de extrañar nuestros lectores, que no há mucho se tuviera por uno de los rasgos más característicos de un hidalgo, que fuese experimentado en el divertimento de perros y caza, como dicen nuestras crónicas, y que la pasión de la caza dominara el amor? ¿Cómo el que más de un noble castellano se encontrara embarazado al tener que escoger entre su dama y su halcón? Un trovador del siglo xii, Rambaldo, conde de Orange, declara á su amada que quiere verse condenado á no cazar nunca si le es infiel: éste era el mayor sacrificio que se podía ofrecer á una dama cuyos colores se llevaban. ¿Qué otra ocupación hubiera podido distraer la altiva nobleza de la Edad Media, en las prolongadas horas de melancolía de la vida feudal?

El cuidado de los halcones y perros, su educación, eran asunto de todos los momentos, una verdadera ciencia que no se podía adquirir sino al precio de una larga práctica. El noble en tiempo de paz no vivía más que para la caza; y como símbolo de esta preocupación exclusiva, cuando un caballero moría en sus tierras, se colocaba sobre su tumba un galgo á los pies y un halcón en la mano de su estatua, símbolo, repetimos, que algunos apasionados de aquellos tiempos, que aprovechan todas las circunstancias

para poetizar el sentimiento de lo pasado, han querido ver en el galgo de mármol un emblema de cariño profundo; y, sin embargo, sencillamente no es otra cosa que un signo de venación.

VICENTE CUENCA.

LAS CAZADORAS

CUIDANDO SUS PERROS DE CAZA.

(Véase la lámina de la página 1.)

Parte de las glorias pasadas del cazador y de sus esperanzas futuras están cifradas en el buen éxito de la tarea maternal, encomendada á su perra favorita. De los cachorros que cria, unos han de reemplazar á los perros en activo servicio, otros han de regalarse á los amigos más íntimos, y algunos, verdaderos supernumerarios, están destinados á sustituir á las víctimas de la parca cruel. Los progresos de la edad, los signos de excelencia que se observan en los legítimos descendientes de los héroes de la caza; sus semejanzas con los padres ó abuelos, cada uno de los cuales cuenta rasgos caninos heroicos, eminentes proezas, dignas de ser perpetuadas por la fama, distraen agradablemente el ánimo y predisponen el espíritu á hondas especulaciones venatorias.

La incesante vigilancia del dueño encuentra en estas visitas tarea sobrada de entretenimiento. El amor maternal, hasta en los perros, produce en la familia sus desórdenes; el aturdimiento y la inexperiencia de los pocos años contribuyen también, en escala no pequeña, ya á ocasionar sus leves percances, como á verter el agua sobre los indiscretos, ya á ligeras caídas y volteretas desde el lomo de la madre, ya á disturbios fraternales, que suelen terminar con alguna reprimenda, y á la postre con caricias y obsequios extraordinarios. Nuestro refrán castellano de que el ojo del amo engorda al caballo, es aplicable á todos los animales domados por el hombre y que le sirven y le suplen. No se funda, sin embargo, en que la vista del dueño de un animal sea más perspicaz que la del criado. Éste no ve menos que el amo, sino que no quiere ó no le interesa ver. Las perras, mientras cumplen el deber, sagrado también para los irracionales, por haber sido impuesto por Dios, de la conservación de las especies creadas, han de ser cuidadosamente atendidas en su alimentación y aseo, y en general en todos los medios que ayuden con mayor ó menor eficacia á la consecución del fin deseado. Es menester que no les falte comida abundante á las horas regulares, y que se haga lo posible para que no pierdan su robustez y buena salud, ni contraigan enfermedades peligrosas ó incurables, que puedan después inutilizarlas. Su fecundidad prodigiosa las expone, si se le dejan muchos hijuelos, á adquirir una debilidad extrema, que redundará naturalmente en perjuicio de su cría.

Lo más conveniente es no dejarle más de cuatro cachorros, y repartir los demás, si lo merecen é interesa, entre otras tantas nodrizas. El amor maternal de estos animales las obliga, como acontece también á las mujeres, á no escatimar la lactancia á sus hijos, por cuya razón no es ocioso, sino al contrario, muy oportuno, ayudarles en esta tarea dando de comer á los perritos desde el momento en que puedan hacerlo por sí solos. La perrera ha de estar abrigada de los vientos fríos del Norte, expuesta al sol, bien rellena de paja, y más alta en su suelo que el terreno adyacente, para evitar las humedades. No ha de haber á su inmediación pozos, agujeros, escaleras, balcones, ni facilidad de ningún género para poner en peligro la vida de los cachorros, porque el instinto de la madre, que es extraordinario en algunos casos, no alcanza á preservarlos de esos riesgos, que han de evitarse por el hombre. Perra ha habido que, transportada en ferro-carril á grandes distancias, por ejemplo, de Sevilla á la antigua capital de los califas, ó á treinta leguas de su domicilio y del de sus hijos, sin ver del camino recorrido sino lo que permitía la velocidad del tren y la perrera estrecha en que estaba encerrada, ha vuelto á las doce horas al lado de su prole. Otra, propiedad de un jornalero de mucha familia y de pocos recursos, á la que daban de comer en una casa opulenta, se apoderaba con ansia de lo que le ofrecían, y se encaminaba sin perder tiempo en busca de sus hijos,

á los cuales alimentaba con su limosna, sin reservar nada para sí. Porque el amor maternal, el más santo, noble y desinteresado de todos los amores, después del divino, es todo abnegación, todo sacrificio, todo cariño, sin interés ni mira alguna ulterior. No es, sin embargo, suficiente para hacer milagros, y lo sería, sin duda alguna, que sugiriese á un animal ideas de prevención, que á veces no ocurren tampoco á los seres humanos.

El perro, considerado bajo distintos conceptos, ha sido el amigo del hombre, el amor de la mujer, la admiración de los filósofos y el ideal de los poetas. Si es grande y fuerte, le vemos compartir con su dueño los lances de la caza y aún los azares de la guerra; si es pequeño y débil, vemoslo todos los días siendo cómplice de los secretos del camarín de una dama y hasta de los misterios de una dueña; inteligente y sabio, es objeto de estudio del naturalista, y sensible y apasionado, sirve de argumento á los cantos del poeta.

Charlet dijo que lo mejor del hombre era su perro; Chateaubriand afirmó que no había más que un perro célebre por su ingratitud, como si hubiese querido avergonzar á los hombres y ruborizar á las mujeres. Alibert escribió que el perro es el modelo, el verdadero prototipo de la amistad. Los celos enloquecen á los hombres y á las mujeres, pero Rion recuerda algunos perros que han muerto de ese mal al verse preferidos por otros de su especie; porque este animal no tiene más que un pensamiento, una necesidad, una pasión, que es el afecto de su dueño, según Laurillard. Verdad es que el perro y el caballo de los hombres ricos, según la terrible expresión de Lacher, son más felices que los hijos de los pobres. Saint-Lambert cantó al perro de caza diciendo:

*Mon chien bondit, s'écarte, et suit avec ardeur
L'oiseau dont les zéphirs vont lui porter l'odeur.*

Y Lamartine casi deificó al perro por su amor y lealtad en los siguientes versos:

*¡Oh! viens, dernier ami que mon pas réjouisse,
Lèche mes yeux mouillés, mets ton cœur près du mien,
Et, seuls pour nous aimer, aimons-nous, pauvre chien!*

Del heroísmo y de la lealtad del perro se cuentan casi tantos casos como de la lealtad y del heroísmo del hombre; y ni en el amor ni en la piedad dejan poco que desear á las mujeres.

Llenas están todas las historias de perros célebres que han sacrificado su vida en defensa de su dueño, y no pocos escudos heráldicos ostentan imágenes caninas.

Un hombre quiso un día ahogar á su perro, y se embarcó en una lancha, lanzándolo en lo más veloz de la corriente de un río. El animal volvió á la superficie y nadó hacia el bote, donde lo recibió su dueño apaleándolo con el remo para matarlo y sumergirlo en los abismos de las aguas. La lucha duró largo rato, volviendo siempre el perro con sus gemidos á implorar la gracia de su bárbaro dueño, el cual, empuñando el remo con ambas manos descargó tan fuerte golpe sobre la cabeza del animal, que perdiendo el equilibrio fué á caer en la corriente. Allí luchando bajo su perro se hubiera ahogado, si la víctima de su furor no hubiese tomado por toda venganza la resolución de hacerle presa por la ropa, cargando con él hasta la orilla, para volverle la vida con su aliento, colmándole de caricias. ¡Admirable ejemplo de la fidelidad del perro!

Otro perro, deshaciéndose ante la desolación y el llanto de una familia, de cuyo seno había desaparecido un niño en la soledad de un bosque y en el silencio de la media noche, dió tan claras muestras de interesarse por el duelo universal, que habiéndosele dado á oler unas ropas del inocente perdido y señalándosele toda la extensión del horizonte, corrió presuroso, y volvió jadeante y alegre, como portador de la buena nueva, pidiendo auxilio. Siguen todos al noble animal, y lejos, en lo más escondido de los montes, les enseña donde estaba el niño dormido sobre la frondosa hierba, expuesto, si no es por la diligencia del perro, á ser muy pronto devorado por las fieras.

También fué un perro el que, camino de Neuilly á París, encontró en una noche oscura tres mil francos en piezas de oro, una á una, que un viajero había regado por el campo con descuido; y el animal no tuvo más que

ver la aflicción de su dueño y la muestra de una moneda que pusieron á su vista. En no pocas horas fué y vino, primero muy cerca y luego muy lejos, hasta que trajo uno á uno todos los luises de oro.

Otro perro también aprendió en un convento, de los frailes que llegando después del refectorio pedían por el torno su comida, á sonar tantas veces la campanilla, que recelando el cocinero de la abundancia de hermanos que demandaban alimentos, sorprendió la voracidad del perro, que con más prudencia habría seguido gozando por más tiempo del sabroso pasto conventual.

Ya que nos hemos extendido tanto hablando del perro, en gracia á ser la primera vez que nos ocupamos de este buen amigo del hombre, dulce cómplice de la mujer y tierna víctima de los niños, concluiremos recordando aquel otro perro célebre que acompañó el cadáver de su dueño muerto de un balazo en el ataque del Louvre por los insurgentes parisienses, el 29 de Julio de 1830, y que todas las noches volvía á gemir sobre la sepultura querida, hasta que fué encontrado muerto también junto á la tumba de su amo. Este noble animal inspiró al célebre poeta Casimir Delavigne la sentida y conmovedora elegía titulada: *El Perro del Louvre*, tan popular en toda Europa.

¡Qué mucho que la amiga del hombre, que la mujer, y tanto más si es cazadora, cuide amorosamente los perros de caza, de suyo tan dulces é inteligentes, y que todos los días y á todas horas vaya á compartir los gozos maternos con la perra querida de su dueño, acariciando los tiernos cachorrillos que han de hacer sus delicias, cuando quiera disfrutar alguna vez los placeres de la caza, viéndolos parar astutos la perdiz ó seguir presurosos á la fugitiva liebre!

E. M.—A. T.

CAZA DE LA GAMUZA EN LOS PIRINEOS ESPAÑOLES.

(Véase la lámina de la página 5.)

Aunque la gamuza sea sólo conocida en casi toda España de nombre y por la piel, no lo es en realidad sino en la región media de los Pirineos, ocupando la zona de estas montañas más baja que la habitada por la cabra montes, y más alta que la frecuentada por el ciervo. Su caza es, sin embargo, con extremo interesante, por las dificultades y peligros que ofrece, por la escabrosidad de los parajes en donde se halla, por la astucia que ha de emplear el cazador, exigiendo además en éste singulares facultades venatorias, como extraordinaria fortaleza y agilidad corporal, conocimiento profundo y exacto de los lugares y de las costumbres de la caza, vista perspicaz, resistencia á la fatiga, facilidad de soportar todo linaje de privaciones, y seguridad poco ordinaria en la puntería.

Los naturalistas han clasificado á la gamuza como un antílope, género intermedio entre la cabra y el ciervo, distinguiéndose por su tamaño, menor que el del último, y mayor que el de la primera, por la estructura de sus cuernos, negros, cortos, lisos y redondos, arrancando verticalmente de la frente y encorvándose de pronto hacia atrás en su punta. La piel de la gamuza está cubierta de dos especies de pelo; el uno sedoso, seco y quebradizo, y el otro lanoso, de color oscuro, y muy abundante, sobre todo en invierno. Su cabeza es de un amarillo pálido, con una lista parda, que viene desde el ojo hasta el hocico. El macho es el que solamente tiene barba.

Muy comunes ántes las gamuzas en los Pirineos, en los Alpes, y en las montañas de Grecia y del Archipiélago, van disminuyendo sensiblemente en todos estos lugares, y la especie acabará al fin por extinguirse.

Los machos viejos viven generalmente solitarios, no acercándose á los rebaños de sus congéneres sino en la época del celo, ó desde los últimos días de Octubre hasta los postrimeros de Noviembre. En este período exhalan un olor fuerte y desagradable, como los machos cabríos. La gestación dura en las hembras cinco ó seis meses, pariendo por tanto en la primavera, y por lo común un solo hijuelo, que permanece junto á su madre hasta el principio del invierno, no abandonándola en ocasiones sino más tarde, para formar otro rebaño con individuos de su tiempo.

La gamuza prefiere las partes más ásperas y abruptas de las montañas, lanzándose con seguridad extraordinaria de peñasco en peñasco, y de precipicio en precipicio. Su oído, su vista y su olfato son muy finos, y de aquí la dificultad de sorprenderlas y tirarlas. Como la cabra montes, mientras padece, hacen de centinela los machos más viejos, situados en las rocas más altas, anunciando el peligro con una especie de silbido particular, que pone en huida á todo el rebaño.

Sólo come las hierbas más sabrosas y aromáticas, con particular melindre, y las flores, las yemas y los tallos más tiernos de los árboles. Su predilección se fija en los vegetales que exhalan un olor fuerte y agradable. Pasta por la mañana y por la noche, y no bebe en las fuentes sino durante los calores del estío. Lo mismo teme los rigores del verano que los del invierno, por cuya razón habita alternativamente en la parte de las montañas expuesta al Norte y al Mediodía.

La gamuza no se caza tanto por su carne, aunque la de las jóvenes sea bastante sabrosa, cuanto por las excelencias de su piel, muy estimada de los inteligentes.

La caza de la gamuza es para los montañeses una afición, ó más bien dicho, una pasión ó un vicio tan arraigado y tan exigente, que en ocasiones han perecido por seguirla todos los varones de familias enteras. El bisabuelo, el abuelo, el padre han muerto horriblemente, precipitados en abismos inmensos, y, sin embargo, los hijos después los imitan, sabiendo y conociendo cual ha de ser su triste suerte. Únicamente los cazadores de gamuzas pueden trepar á rocas al parecer innaccessibles, armándose los pies con ganchos de hierro, y llevando en la mano un palo provisto de un garfio en un extremo, y en el otro de una lanza. Han de agarrarse de espigas y matorrales, de piedras movedizas, de débiles raíces, suspendiéndose así sobre abismos espantosos, que llenan de pavor el ánimo, aun mirándolos desde lugar seguro. Si cede su punto de apoyo, si sus pies se resbalan, su muerte es inevitable.

Excusado es decir que en esta clase de caza los perros son inútiles, porque ni pueden buscarla, ni seguirla, ni cobrarla. El hombre, al contrario, ha de hacerlo todo, y de aquí, sin duda, el encanto indescriptible que le ofrece, no comparable con ningún otro, como sucede siempre, cuando por tomar sobre sí una suma inmensa de responsabilidad, con una dosis igual de libertad, obtiene, después de largas penalidades, fatigas y perseverancia, el triunfo apetecido.

Las gamuzas, como toda clase de caza, se matan ó al acecho, ó en batida ú ojeo, ó cuando la casualidad favorece al cazador. De todas maneras es requisito indispensable el uso de escopetas de larguísimo alcance, como las usadas por los Speke, Grant, etc., en sus exploraciones por el África, y el colocarse siempre contra el viento. El método más eficaz es el que se observa cuando se sabe de positivo que algún rebaño de gamuzas se encuentra en un valle conocido. Los cazadores se sitúan en las salidas del valle, mientras los ojeadores las espantan y ponen en dispersión el rebaño. En estos casos es muy conveniente escoger el lugar más seguro posible, y no dejar hueco alguno á la pieza fugitiva, porque ésta se vuelve al encontrar cerrado el camino, al paso que, vislumbrando alguna probabilidad de escaparse, se precipita por la abertura que halla y arrastra consigo al desprevenido.

Lo más común es sorprenderlas al acecho, por las mañanas ó las noches de luna, en parajes conocidos y frecuentados por ellas, cuidando siempre de colocarse contra el viento. La timidez propia de estos animales, la persecución incesante que sufren, los peligros que las cercan desde su nacimiento, y la superioridad de sus sentidos, las mantienen siempre alerta y desconfiadas de tal modo, que es ardua empresa el acercarse á ellas al alcance de la escopeta. Fácil es de comprender que el hábito de cazarlas, como sucede con todas las piezas, aumenta sobremanera la posibilidad de lograr el resultado que se desea. El conocimiento minucioso de las localidades, el de las costumbres de estas antílopes, las huellas que dejan al pastar, ya de su estiércol, ya de sus pies, cuando el terreno es húmedo ó arenoso, ya de su estancia en las hierbas, botones y renuevos y flores de arbustos y árboles, sirven de guía al cazador en sus arriesgadas exploraciones. Pero hay

que subir crestas empinadas, escalar peñascos resbaladizos y verticales, hundirse hasta la cintura en la blanda nieve, hacer alardes de equilibrio en la que se hiela, ocultarse detrás de las rocas, de los matorrales y de los árboles, á veces arrastrándose por el suelo, y hacer prodigios verdaderos de astucia, de trabajo y de paciencia.

La raza vascongada que habita estas montañas, fuerte y vigorosa, sencilla y entusiasta, amante del peligro, y avezada desde su niñez á desafiar las inclemencias del cielo, y á sufrir privaciones y fatigas de todo género, es la que se consagra con más fruto á estas cacerías extraordinarias. Sus continuas expediciones, no en favor, sino en contra de los intereses de la Hacienda, los familiariza desde temprano con las veredas y pasos más ocultos, con las sendas y atajos más cortos y poco conocidos. Cuando la prudencia preside á estas empresas, lo cual no es por cierto lo común, porque el ardor venatorio es por esencia temerario y egoísta, se reúnen dos aficionados, y con sus escopetas, sus mantas, sus boinas y vestidos de pana, conforme los representamos en la lámina, acechan á las gamuzas en algún paraje favorable, porque lo más general, como hemos dicho ántes, es que se sorprenda un rebaño más ó menos numeroso, en cuyo caso una sola escopeta no aprovecha de ordinario más que un tiro, por la rapidez de la huida de las piezas. También sirve la compañía para cobrarlas después de muertas, para salvar los peligros y malos pasos, y evitar sensibles accidentes, y si suceden, para anunciarlos.

E. M.

PESCA CON ESPARAVEL Ó ATARRAYA.

(Véase la lámina de la página 8.)

Dase el nombre de esparavel á una especie de red, que cae sobre los pescados con la misma impetuosidad que el ave de rapiña se arroja sobre sus víctimas. Este género de pesca, muy usado en nuestra época en algunos sitios, estaba en uso en la antigüedad, pues Oppiano, enumerando las clases de redes que se usaban en su tiempo, cita entre otras análogas la *amfiblestra*, construida de modo que cerraba toda salida á los pescados.

El esparavel, muy conocido en ciertas pesquerías con el nombre anticuado de atarraya, es una red en forma de cono, ó más bien de embudo, de hilo fuerte y retorcido, de unas once á doce brazas por lo regular en su abertura, por cuatro á cinco de altura ó caída, en cuyo extremo está sujeto un largo cable. La abertura se halla rodeada de una cuerda del grueso de un dedo, que está provista de trecho en trecho de pequeñas planchas de plomo arrolladas, ó bien balas agujereadas, y cuyo peso total es de 20 á 25 kilogramos.

Esta clase de redes, según el uso á que se las destina, y sobre todo, á la extensión y al fondo del agua en que se trata de emplearlas, varía de tamaño; pero sea éste el que quiera, á nuestro parecer, y á pesar del descrédito que éstas alcanzan entre algunos, es lo cierto que son las únicas que puede usar con éxito el pescador aficionado. Sin embargo, como quiera que su empleo se halla sometido como todo á la casualidad, exige además de la costumbre cierta práctica que pocos aficionados, sin un cuidadoso estudio, adquieren para servirse de ellas con provecho.

Entre las pescas conocidas, la más lucrativa en todas las estaciones es aquella en que se emplea el esparavel después de las primeras lluvias abundantes del otoño, pues engrosándose en esta época los riachuelos, arrancan las hierbas que durante la buena estación inundaban el lecho de los ríos, y que secas y cortadas por los primeros vientos fríos, flotan por la superficie, y además porque las aguas torrenciales que bajan de lo alto de las tierras alteran la limpidez habitual de las pequeñas corrientes, lo cual impide ver la red al pescado, que cansado de luchar contra la violencia de la corriente, se reúne en los remansos para reposar. Este es el momento que debe aprovechar el aficionado, si se quiere sacar partido del esparavel, tanto por el día como por la noche, bien entendido que en este caso es preciso usar las redes más grandes y mejor construidas.

Sea el que quiera el conocimiento que se pueda tener de la pesca, es muy raro que no se haya experimentado alguna vez el disgusto de sentir la red engancharse, ya en el fondo, ya en la orilla, en una raíz, una rama ó un pico de



CAZA DE LA GAMUZA EN LOS PIRINEOS ESPAÑOLES.



pedra, ú otro obstáculo cualquiera, que obliga al pescador á poner sus facultades á prueba; hasta algunas veces, en una noche oscura, puede verse obligado á dejarla en el agua hasta el día siguiente, á fin de poderla desprender; en este caso no debe olvidarse fijar sólidamente á la orilla la cuerda que se tiene atada al brazo.

Al contemplar la maniobra de la mayor parte de los pescadores de esparavel, se comprende al punto cuán difícil es manejar esta red de una manera satisfactoria, pues muy pocos alcanzan arrojarla bien, lo que puede provenir del poco cuidado con que se ha dispuesto la red ántes de servirse de ella unas veces, y otras de la ignorancia con que se han tomado las precauciones. Los que aparecen más expertos olvidan que seis golpes de esparavel bien desplegado, equivalen á una docena que cayera al agua medio cerrado; con respecto á los que no saben servirse de esta red, lo mismo les dá arrojarla medianamente, pues siempre su éxito será malo. Para llegar á ser maestro, es preciso ejercitarse primero en un prado ó en sitio limpio y claro, pues sólo en este caso es como pueden verse las consecuencias de las faltas que se cometan. Acostumbrándose de este modo, y corrigiendo hasta los más pequeños defectos, es únicamente como se consigue una excelente práctica, imposible de adquirirla cuando el esparavel desaparece de pronto bajo el agua.

Créese generalmente que su uso exige grandes esfuerzos, y esto es un error. Pide mucha más maña que fuerza muscular, y á mayor abundamiento, la ignorancia de un método del que pocas personas pueden darse cuenta, según se verá en la lámina, hace que se encuentren tan pocos pescadores de esparavel seguros siempre de lanzarlo extendido y redondo como un plato.

La pesca se puede efectuar de dos maneras, arrojándola ó arrastrándola. La primera puede practicarse en todos los sitios, pero especialmente en los grandes ríos, en los estanques, entre las rocas; es conveniente, sobre todo, en los lugares en que abunda el pescado, ó en aquel en que el agua no es muy profunda, el fondo unido, desprovisto de grandes hierbas, de picos ó piedras gruesas, que podrían desgarrar la red ó dejar escapar el pescado por debajo. Un hombre basta solo para lanzar el esparavel, pero es preciso que tenga alguna fuerza, y sobre todo una gran maña, y no tener sobre sí ningún objeto que pueda enganchar la red; es decir, sus vestidos deberán estar sujetos por cordones y no por botones, pues de otro modo sería infaliblemente arrastrado por el peso del aparato y por el movimiento que tiene que efectuar hácia adelante para lanzarlo. Los esparaves que se arrojan son, por regla general, más pequeños y más ligeros que los que se arrastran. Lánzaseles ya de la orilla, ya desde el borde de una barca.

La pesca al arrastre exige ordinariamente muchos hombres, porque se emplean redes mayores y más pesadas. Usadas sobre todo en los riachuelos ó pequeños depósitos de agua, no pueden efectuarse sino en corrientes de poca anchura y profundidad, y en las que el fondo no presenta ni rocas ni piedras gruesas, y no es conveniente más que para pescados que se ocultan en el légamo. Para operar se atan dos cuerdas á la plomada que rodea la abertura de la red, y se hace de modo que el espacio comprendido entre los dos puntos extremos casi ocupe la anchura del riachuelo ó la corriente del agua. De este modo dos hombres arrastran la red trayéndola hácia sí sobre las cuerdas, de modo que la porción comprendida entre los dos puntos extremos se mantenga casi recta sobre la superficie del agua, mientras que el resto de la embocadura cae en el fondo, á causa de los plomos, describiendo un óvalo, en tanto que la cola flota entre dos aguas.

A propósito de estos dos métodos se puede hacer una apuesta segura. Sin necesidad de mirar, el pescador, con oído certero puede juzgar cuando el esparavel está bien redondeado ó cuando ha caído en masa. En el primer caso el ruido se compone de golpecitos que se suceden rápidamente; en el segundo no se oye más que un ruido opaco, como si todos los plomos reunidos en un solo peso hubiesen caído juntos al agua.

Con respecto á los aficionados poco expertos para pescar con esparavel, deben cuidar mucho no lanzarse en aventuras peligrosas, ó si acaso arrojar la red en aguas tranquilas y limpias, y sobre todo, en el otoño, cuando están más en reposo, si quieren obtener un éxito satisfactorio.

El estío no es la estación más á propósito, porque las hierbas espesas ocultan el suelo por que corre el riachuelo, y tienen bastante altura para que sus tallos tapicen la superficie. Es preciso que la astucia venga en ayuda de la fuerza. Este resultado se obtiene limpiando con una hoz sujeta al extremo de una pértiga larga y ligera los sitios en que se proponen pescar, y que se conoce frecuentan los pescados, los que por otra parte son muy fáciles de atraer casi á voluntad echándoles alimento á horas fijas. Cierta práctica inteligente bastará para la elección de los sitios.

Desde que la naturaleza del fondo de los riachuelos permite conocer el lugar más apropiado para cebarlos, el pescado abandonará su retiro y vendrá á donde se le cita. Ahora bien, mientras se entrega á esta evolución, es preciso arrojarle la red ántes que tengan tiempo de dispersarse ó volver á tomar el camino de su retiro. Por regla general no debe haber más de un metro á dos de agua en los sitios en que se echen las redes, sobre todo si el pescador se propone pescar durante el día.

En este caso las horas más favorables son: por la mañana al salir el sol, á mediodía y por la tarde ántes de anocheecer. El cebo que está destinado á atraer al pescado debe haberse dado diez minutos ó un cuarto de hora á lo más ántes de la llegada del aficionado.

Este modo de pescar es muy agradable cuando se tienen á mano algunos sitios á que dirigirse sucesivamente, pues en este caso pueden aprovecharse todos sin despertar la desconfianza de los que se trata de sorprender. Despues es preciso permanecer inmóvil algun tiempo, teniendo en las manos el esparavel, esperando la ocasión oportuna. Por último, vense llegar, apiñados, á los que se trata de hacer la guerra; pero no os debeis apresurar aún, dejadlos descender al fondo, y cuando estén en él, la mayor parte ocupados en recoger el cebo, entónces, de pronto, á medio descubiertos, arrojad el esparavel en el sitio en que el agua esté más limpia. Si las cosas han pasado según los deseos del pescador, la limpieza del agua os permitirá ver las convulsiones de los cautivos entre las mallas de la red.

Despues de haber explotado el sitio, es preciso dejar pasar tres ó cuatro días lo ménos ántes de empezar de nuevo.

El tiempo más favorable para esta pesca, en los riachuelos, es la época en que las hierbas que en ellos crecen durante el estío principian á corromperse por la influencia de los fuertes calores; el pescado que no puede alimentarse, se arroja ávidamente sobre todo lo que se le ofrece. El trigo constituye entónces el mejor cebo que se puede dar á los pescados blancos, únicos que se cogen generalmente en esta clase de pesca.

V. C.

EL CAZADOR TEORÍAS.

¿Qué apostamos á que si eres cazador práctico conoces al cazador teorías?

La teoría se halla separada de la práctica por un largo camino sembrado de dificultades; para vencerlas se necesitan cuatro poderosos auxiliares: la aplicación, la experiencia, el tiempo y la actividad.

El cazador teorías es el tipo más delicioso entre todos los que constituyen la larga galería de los apasionados al arte venatorio. No le busqueis en los montes, en los sotos, en las dehesas, en las vegas: sería inútil; pero en cambio le hallaréis siempre en las grandes ciudades, en los cafés, en los salones, en los teatros y en los bazares de armas.

A pesar de sus muchos años de afición no ha cazado más allá de seis veces en su vida; pero su memoria es tan prodigiosa que retiene con admirable precisión todo cuanto le sucedió en sus cacerías y el nombre de sus compañeros de expedición: le basta cerrar los ojos para ver con todos los colores de la verdad el chaparro donde mató la primera liebre, el sitio donde cazó la primera perdiz, víctima de su magnífica escopeta que plomea y alarga como ninguna. Amante platónico de la escopeta, la saca con frecuencia de la funda para enterarse del estado de su conservación; nadie cuida los *chismes* de caza como él, y sabe de memoria todos los nombres de las piezas que constituyen las llaves.

¿Quién le aventaja en cuidar un perro? Nadie. Ved su *seter* gordo, fino de pelo, sin una pulga, sin una garrapa-

ta, paseando por toda la casa un huevo de gallina en la boca sin romperlo, y haciendo muestras á una pobre codorniz que le mira aterrada desde su jaula, mientras su amo exclama:

—¿Qué vientos! ¡ni los de un lobo! ¡Qué boca! ¡es una seda! ¡Oh! si este perro saliera con frecuencia al campo, si mordiera caza, ni el de San Roque podría igualarse con él.

Todas las mañanas el cazador teorías madruga una hora más, con el objeto de pasear el perro, y por las noches se retira media hora más temprano, llama á la puerta de su casa, silba, sueltan el perro y lo pasea por la calle sin perderlo de vista y receloso de las morcillas municipales.

Si la casualidad le depara en estos paseos nocturnos un gato enamorado ó callejero y el perro le persigue, ¡oh! entonces el gozo del cazador teorías llega á su colmo, y dice luego á su familia con la sonrisa de la satisfacción en los labios y acariciando la cabeza del animal:

—Si esto hace con los gatos, ¡qué no hará con las liebres y los conejos! ¡Qué perro!... ¡qué perro!!!

En el despacho del cazador teorías no faltan nunca tres reclamos de perdiz macho, perfectamente *plumados* y *cuidados*, reclamos de *balcon*, que dan una jaqueca á la vecindad, y cuyo interminable *cuchi-chí*, *cuchi-chí*, *cuchi-chí* forma uno de los inefables goces de su amo.

Ellos se comen las primeras amapolas que traen los vendedores á las plazuelas de Madrid; les limpia las jaulas dos veces por semana; les pone en la piquera un pedazo de piedra blanda de Monóvar para que se afilen los picos; cuando *les dá tierra* tapa el comedero para que no se ensucie la comida; son, en fin, los *niños* mimados de la casa, que no pocas veces causan envidia á la familia.

Algunas veces, cuando se aproxima el celo, separa los reclamos, coloca uno en el balcon, otro en el pasillo, otro en la cocina; prohíbe que nadie salga y entre, que se haga ruido; forma en la sala un tollo con cuatro sillas, se coloca en medio, enciende un cigarro y se pasa una hora oyendo con delicia cantar á los reclamos y gozando platónicamente en el inefable placer del cazador de jaula en uno de esos días serenos y primaverales en que la *caza se corre*.

¡Desgraciado del que le interrumpa en aquellos momentos! ¡Pobres de sus hijos, infeliz de su mujer, si con una intemperancia humana le despiertan de aquel sueño digno de los dioses, porque sería capaz de divorciarse y desheredar á sus hijos ó arrojarles á la cabeza el primer artefacto que encontrara á mano.

Pero ¡oh desengaño horrible! Una vez salió de caza con aquellos reclamos tan cantadores y no *abrieron el pico*, permaneciendo dos horas en el tollo convertidos en un ovillo y oyendo por todas partes á las perdices del campo. Bien es verdad que una mal intencionada marica se paró en una encina inmediata, y con su abrumadora charla mantuvo al reclamo de la jaula pegado, mustio y silencioso á la solera. ¡Infame marica! ¡Á no ser por ella, el cazador teorías se hubiera divertido mucho!

La carga de un cartucho es para el cazador teorías motivo de profundos estudios. Él sabe los adarmes de pólvora que debe ponerse á cada carga, ni grano más, ni grano ménos; el número de perdigones, la presión del taco, y en cuanto á la balística, conoce todas las desviaciones del proyectil de una manera precisa, matemática.

Generalmente por la mañana hace un rato de gimnasia de brazos apuntando con la escopeta en todas direcciones, para adquirir soltura y rapidez en los movimientos: apunta hácia arriba, hácia abajo, á la derecha, á la izquierda, gira con velocidad sobre sus talones, etc., etc., etc., y no pocas veces su mujer, al verle, ahogando un suspiro se dice para su capote:

—Mi pobre marido, siguiendo así, acabará en Leganés.

La *Historia Natural* de Buffon es su libro favorito; por eso sabe distinguir en su casa la chocha, del espantapastor; el andario, de la becacina; la perdiz, de la corteja; el pato silbador, del pato cerceta; la liebre, del conejo; pero en el campo ya es otra cosa: dispara contra un mochuelo y deja pasar por delante de sus narices una chocha, tomándola por un mochuelo.

Cuando habla de caza en un café nadie sabe más detalles que él de la vida íntima de los grandes cazadores, pues

conoce al dedillo la biografía de Julio Gerard, el matador de leones; de Loustan, el cazador de osos, y de Henrion, el incansable perseguidor de elefantes.

Preguntadle por la vida de San Antolín, y el cazador teorías os descubrirá cómo mató el santo al feroz jabalí en la ermita de Sanlúcar de Barrameda; indicadle el nombre de San Eustaquio, y os hará el retrato del santo español vestido á la romana con su coraza de mallas, su casco sin visera, su manto y sus coturnos, matando fieras con su indomable flecha, y muriendo mártir por defender la religión de Cristo, abrasado vivo dentro del vientre de un buey de bronce. Decidle algo de San Huberto, el patrono de los cazadores franceses, y os lo pintará arrodillado delante del ciervo que se le apareció, llevando una cruz en la frente; porque el cazador teorías tiene en su alcoba las tres estampas que representan á los tres santos patronos de los cazadores.

Oyéndole hablar el que no le conoce, le tiene por un cazador de pura sangre, le admira, le envidia; pero llevadle al monte, y todo el oropel de la teoría desaparece, se desploma y le convierte en una calamidad con escopeta, morral y perro; calamidad que, cuando no es una constante diversion, es un peligro mortificador para los cazadores y sus perros.

Conozco yo un cazador teorías que en un ojo roció de perdigones las piernas de su compañero; introduciéndole cinco plomos en la carne; al reprenderle por su poca precaución se encogió de hombros, y dijo con el tono más natural del mundo:

—Lo siento infinito; pero todos mis compañeros saben que en mi larga vida de cazador sólo me ha sucedido eso seis veces, y con ésta, siete.

Nuestro cinégetico había salido de caza siete veces en quince años: recomendando eficazmente á mis compañeros mucho cuidado, si salen la octava vez con el cazador teorías; pues aunque conozca las materias para la fabricación de la buena pólvora mejor que Roger Bacon, y sepa de memoria todos los tratados de mecánica, y la rapidez de los proyectiles al atravesar las capas atmosféricas, pudiera muy bien suceder que matara á un perro por una liebre, ó á un compañero en vez de una perdiz, resultado muy desagradable para las víctimas, y sensible para el cazador teorías, que al fin y al cabo es prójimo y capaz de albergar en su alma buenas y piadosas intenciones.

Pero llega por fin un día en que el cazador platónico se resuelve á formar parte de una expedición de caza: éste es un gran acontecimiento para toda la familia: necesita tres días para preparar lo que ha de llevarse. Busca en los diccionarios geográficos el monte elegido; se entera de todas sus condiciones; pregunta á los que ya le conocen; se goza de antemano con las víctimas que vá á hacer; dá parte al sereno, al portero y á un vecino que es muy madrugador para que le despierten, y durante la noche sueña con la terrible mortalidad que han causado su flamante escopeta y sus cartuchos cargados con todas las reglas del arte.

Nadie se presenta en la estación del ferro-carril más bien pertrechado que él; su morral y su maleta van repletos hasta reventar, y en los bolsillos de su chaqueton son innumerables los objetos que se ocultan.

Sería una vergüenza que un hombre como él se olvidara el artículo más insignificante del buen cazador.

El cazador teorías es un gran hombre hasta el momento en que los expedicionarios llegan al terreno de la práctica. En cuanto comienza la cacería está perdido. Lo primero que no sabe apreciar por el golpe rápido de la vista, ó por el ruido, es la distancia á que arrancan las piezas, de modo que muchas veces dispara á una perdiz que se halla á 200 metros, creyéndola á jurisdicción de la escopeta, y otras no la tira á 30 metros, calculándola fuera del alcance de los plomos.

En cuanto á su perro, por más voces que le dá, se adelanta un cuarto de hora levantando la caza, y llega el cazador teorías á quedarse ronco á fuerza de llamarle, disgustando con sus gritos á todos los compañeros, que reniegan del perro y del amo en voz baja al principio, y acaban por sublevarse francamente contra aquel can que caza por su cuenta sin importarle un comino la escopeta ni los gritos de su amo.

¡Qué delicia, cazando á mano, llevar un perrito que vaya oliendo la caza 500 metros por delante!

En los ojos, ni tiene serenidad para esperar la pieza, ni sabe elegir el sitio de la muerte. Vé asomar una liebre, y hace fuego, deteniendo al herbívoro en su camino, que retrocede, saliendo ileso de la línea de escopetas. Esto le vale no pocas reconvenciones de los compañeros, siendo descrédito de fama y motivo de *chacota* durante la velada.

Pero el cazador teorías se defiende con calor: dice que la caza de aquel monte *sabe latin*; que nunca ha visto ni perdices más *bravas*, ni liebres de más *sentido*; y que si otros han matado más que él, ha sido por cuestión de *chiripa*; y por último, que un cazador no puede apreciarse en un día, ni en dos, ni en tres; que se necesita mucho tiempo para apreciar lo que vale su escopeta, y muchas veces en el calor de la discusión, y ciego por el amor propio herido, acaba por desafiar á sus compañeros á matar becacas en los prados de Quero ó de Torrejón de Velasco.

Pero ¡ay! al día siguiente el cazador teorías sigue cometiendo las mismas torpezas, y al regresar á Madrid todos sus compañeros se dicen por lo bajo:

—Es un cazador de café; un *chancleta*.

Pero ¿qué importa la opinión de cuatro *envidiosos* al cazador teorías? Él habla de la expedición con todos los que encuentra; dice que ha muerto tantas perdices de *pico*, tantos conejos á tenazon; y enardecido con el relato, cuenta proezas que envidiaría el mejor cazador del mundo.

Y pasa una semana, un mes y un año, y el cazador platónico continúa narrando á su manera y en todos los tonos del entusiasmo la maestría de su perro, las portentosas condiciones de su escopeta, su ojo certero, sus tiros maravillosos.

Durante estos relatos sus facciones adquieren la flexibilidad de la goma, se contraen, se dilatan; sus ojos brillan; su voz vibra; sus brazos se mueven descomunadamente, siendo el prototipo del monomaniaco del arte venatorio.

Pero demos fin á este artículo, compadeciendo las debilidades humanas, y vivamos alerta cuando cace entre nosotros algun cazador teorías, porque.... ¡se dan casos!

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

Esta Sección estará destinada á participar á los cazadores y cazadoras inventos modernos, recetas nuevas, poco comunes, para la preparación culinaria especial de las piezas de caza, tanto mayor como menor.

CONEJOS.

Comenzaremos, pues, con la preparación del conejo, cuya importancia es grandísima en España.

Se despedaza cada uno en cuatro partes, rellenándolas de pedacitos de tocino muy sazonado, y se ponen en una cacerola con manteca de puerco y harina. Después se le echa caldo, un poco de vino blanco, sal, pimienta y hierbas aromáticas, y se cuece á un fuego regular.

Cuando se sirve á la mesa se le echa zumo de naranja ó limón.

GAZAPOS.

Se cortan dos ó tres en trozos regulares, se les lava la sangre, y se ponen en una cacerola cubierta con una cucharada de aceite por cada gazapo, sal, pimienta, un ajo, hierbas aromáticas y nuez moscada en polvo.

Se cuecen así con fuego por arriba y por abajo, y algo fuerte para que queden preparados en media hora. Se retiran del fuego; se escurre la mitad del aceite; se añade media libra de setas y unas hojas de perejil picado. Después de quitar el ajo y las hierbas aromáticas, se le echan dos cucharadas de una salsa buena, una de salsa de tomate y un poco de vino blanco.

Se ponen otra vez al fuego y se aparta la cacerola para servir los gazapos, añadiéndoles zumo de limón y poca salsa.

AVEFRÍA.

Para prepararla de un modo conveniente se la recoge sin bramante, y se fija en el asador con unos alambritos. Toda perforación sería perjudicial por lo que respecta á su cocción, porque el avefría, lo mismo que la chocha, no se vacía, y sólo por precaución se le extrae la molleja.

Por una incisión hecha en el nacimiento del cuello se le introduce un relleno sencillo, según los gustos, y algunas aceitunas, quitándoles previamente los huesos. Después en la cazuela destinada á recoger la grasa del asado, se ponen migas de pan tostadas para que reciban todo el jugo que suelte el pájaro.

Su cocción no ha de pasar de veinte minutos.

LENGUADO FIAMBRE.

Se prepara como para freirlo, y se le hace una abertura á lo largo de la espina donde está la piel negra; se le envuelve en harina y se frie. Después de dejarlo enjugar, se le saca cuidadosamente la espina, y en su lugar se introduce un relleno compuesto de hongos fritos, picados muy menudamente con perejil, cebolletas, sal, pimienta y nuez moscada, salpicándolo todo con aceite y zumo de limón, cuyo relleno, después de amasarlo bien, se extiende por medio de una espátula en el interior del lenguado. Así que se ha enfriado bien el pescado se le pone una salsa á la mayonesa, y se le conserva en lugar frío.

GACETILLAS.

TIRO DE PICHON DE LA CASA DE CAMPO.—Se halla establecido, por autorización de S. M. el Rey, en el Hipódromo de la Real Casa de Campo. Se rige por un reglamento aprobado por el Gobernador de esta provincia el 10 de Marzo de 1876.

Esta Sociedad se compone de un número ilimitado de socios, permanentes y honorarios, en que se cuentan las personas más distinguidas españolas y extranjeras residentes en la Corte. Está gobernada por una Junta Directiva compuesta de un Presidente, un Vicepresidente, un Director, un Tesorero, un Contador y tres Secretarios. Tiene por objeto el tiro de palomas, saliendo libremente de cajas colocadas al efecto. La cuota de entrada de los socios es de 100 pesetas, y la anual de 60, pagadas por semestres adelantados, el 1.º de Marzo y el 1.º de Setiembre. Los días de tiro son, por ahora, los martes y viernes.

Hé aquí la noticia de la sesión ordinaria del día 28 de Diciembre último.

1.º *Match* de diez palomas. Cada tirador á su distancia. El Sr. D. Eduardo Anspach, de doce tiros mató diez, y ganó, contra el Sr. D. Scipion Morillo, que de doce mató nueve. Por haberse igualado al décimo tiro es por lo que tiraron hasta doce.

2.º *Match* de dos carambolas. El Sr. D. Eduardo Anspach hizo ambas carambolas, matando las cuatro palomas, y el Sr. D. Scipion Morillo mató solamente una de los cuatro tiros, ganando, por consiguiente, aquel.

En la sesión del 1.º de este mes tiraron los mismos señores dos piñas.

1.ª *Piña*. Cada uno á su distancia: mató el señor don Eduardo Anspach seis palomas de diez tiros, ganando al señor don Scipion Morillo, que solamente mató cinco del mismo número de tiros.

2.ª *Piña*. Fué de tres carambolas, á 20 metros. El señor don Eduardo Anspach mató las dos palomas en la primera y en la tercera, y una en la segunda: total, cinco; mientras el Sr. D. Scipion Morillo mató dos, una en la primera, otra en la segunda, y ninguna en la tercera.

Con motivo de las fiestas reales, esta Sociedad va á celebrar una competencia, á que asistirán tiradores de las de Lisboa, Oporto, Sevilla y Jerez, y para la que serán invitadas todas las demás Sociedades de la Península.

Por último, para que se conozca completamente por los aficionados de toda España lo que es el Tiro de Pichon de la Real Casa de Campo, añadiremos, que de esta Sociedad es Presidente honorario S. M. el Rey, que alguna vez asiste con su escopeta á terciar en la diversion; Presidente, el Marqués de Alcañices; Vicepresidente, el Marqués de Camposagrado; Director, el Duque de Huéscar; Contador, D. Scipion Morillo; Tesorero, el Marqués de Santiago; Secretarios, el Conde de Villanueva, el señor don Rafael Imas y el Sr. D. Antonio Soriano.

Continuaremos dando cuenta de sus sesiones en todos los números.

TIRO DE PALOMAS DEL RETIRO.—Al otro lado de los Jardines del Buen Retiro, en el camino viejo de Vicálvaro, hay otro tiro de palomas fundado en 1874 por D. Toribio Ros y D. Domingo Iturria, que lo cedieron hace dos años á D. Domingo Toriosa, que lo sostiene actualmente. Allí se tiran también perdices, cercetas, patos y codornices.

En el centro hay un triángulo unido, á doce pies de altura, por una cuerda, por encima de la cual se lanzan las aves, y hasta que las salven no pueden disparar los tiradores. Hay tiros de *pacto* y de *broma*. El primero es de

precio convencional, y el segundo á real y medio. Si algun tirador dispara ántes del *pacto*, paga al dueño del tiro el valor de éste, y aunque mate la pieza, será del pactador. Cuando yerra el *pacto* y el palomero dice á él, dispara el público. Para dar la pieza muerta, si no hubiere avenencia entre los tiradores, se nombra un Jurado que resuelve sin otra apelacion. Cuando el palomero dice *pacto*, si el pactador no tira por faltarle la escopeta, paga la mitad del valor del pacto; pero si no tira por otra causa, paga por entero siempre que la paloma salga por encima de la cuerda del triángulo. Los empleados del tiro recogen las aves que caen hasta la tapia del Retiro por un lado, y por el otro, hasta la demarcacion de una bandera: las que caen dentro del Retiro ó fuera de esa demarcacion, se consideran como escapadas y se cobra el valor del *pacto*. Los dias de tiro son los domingos, mártes y juéves.

El Tiro de Palomas del Retiro está muy acreditado y es muy concurrido por tiradores notables de Madrid. En todos los números darémos cuenta de las sesiones que celebre.

La caza del zorro, que hace unos dias empezó en Inglaterra, es de lo más curioso que puede imaginarse.

Hay en el Reino Unido y en Irlanda 162 traíllas para caza de zorros; además, otras 17 para la del ciervo; 137 de *barriers*, y 24 de *beagles*; en conjunto, 340.

Ahora bien: contando 50 perros por traílla y unos 60 cazadores, da la suma no despreciable de 17.000 perros y 21.000 caballos.

Todos los perros que se emplean en estas traíllas valen 1.000 francos cada uno á lo ménos, y la mayor parte, tres y cuatro veces más esta suma, y no se encuentra un *foxhound* de raza ménos de 40 duros; de modo que uno con otro se pueden valuar en 1.600 reales por cabeza. Los *hunters* medianos valen 2.000 reales, y los demás 40.000, ó sea, por término medio, unos 12.000 reales, lo que asciende aproximadamente á 40.000.000 el valor de los perros y á 240.000.000 el de los caballos.

Estas 340 traíllas de caza cuestan al año su mantencion más de 48.000.000 de reales. Además dan de comer á todo un verdadero ejército de picadores, de perreros, *grooms* y criados de perreras y cuadradas, dando movimiento y vida á muchos millones, cuya cifra asombraría á nuestros lectores.

Las más célebres de todas estas traíllas es la de Pytchley-hound, que pertenece al Conde Spencer, y las del Duque de Beaufort.

Estos dos cazan cinco dias por semana durante toda la estacion, es decir, unos seis meses.

Las distancias que recorren por sus perros, caballos y cazadores son incalculables.

Al verlas pasar en su rápida carrera, se creeria asistir á

un *steeple-chase* fantástico. Y sin embargo, ese movimiento vertiginoso dura horas enteras.

En cuanto al número de zorros muertos en una estacion, puede asegurarse que las 172 traíllas de *fox-hounds* dan una suma de 30.000, y muchas veces excede de esta cantidad.

Otro detalle: á estas cazas, que cuentan 17.000 perros y 21.000 caballos, montados por cazadores vestidos de encarnado, siguen otras tambien de más de 600 amazonas, que con sus trajes azul de cielo, forman con el escarlata de los caballeros el contraste más pintoresco que puede contemplar el curioso.

No há muchos dias que los viajeros del ferro-carril del Norte han sido testigos de un episodio de caza que terminó de un modo bien singular por cierto.

Tres perros corrian persiguiendo una liebre, á la que

la pesca de las perlas del año pasado en Ceylan, segun la prensa de la misma isla, reinaba en ella una gran agitacion. Dicen que el molusco produce las mejores perlas á los cuatro años de edad, de modo que el gran objeto de la mira de los buzos es no pescar ninguno que no haya llegado á ese período de su existencia. Esto ha conducido á las autoridades de la isla á prohibir la pesca en los varios bancos, excepto cada cuatro años. Pero semejante sistema ha engendrado otros inconvenientes, por cuanto el molusco se halla amenazado de diversos enemigos, muy peligrosos, los cuales causan un estrago horroroso en los bancos, si es que no los acaban, durante los primeros años de su existencia. Así el gobierno se ocupa ahora de averiguar el tiempo en que deben dejar los criaderos en paz. Las experiencias de hace pocos años conceden diez millones de ostras como término medio de la cosecha de cada banco, en el 2 por 100 de las cuales se encuentran perlas, tambien por término medio.

Cuando 1.000 ostras producen perlas por valor de 100 pesos fuertes, se considera remunerativa la cosecha. Cien perlas del tamaño de la cabeza de un alfiler no valen lo que una del tamaño de un guisante. En esta industria se hallan interesados directa ó indirectamente unos 10.000 individuos. En la gran pesca de 1874 se extrajeron de un banco un millon y cuarto de ostras, que se vendieron en 50.000 pesos.

El 20 de Noviembre una pantera macho, de unos tres años, ha sido muerta en el bosque de Sedjerma (Strasburgo) con circunstancias especiales, que merecen referirse.

Este feroz animal, que hacía algunos años había establecido su guarida en este bosque, y cobraba un costoso impuesto sobre los rebaños de los colonos de Strasburgo, había cogido la víspera un bucy perteneciente á M. Emanuelli, colono de dicho pueblo.

En la mañana del 20 empezó á buscar su bucy, y sólo encontró algunos restos. A las cuatro de la tarde se puso en acecho, á fin de descubrir el animal que de tal modo diezmaba su ganado, rogando á M. A. Valentini le acompañase.

Llegados á algunos pasos de los restos del bucy descubiertos aquella mañana, quedaron no poco sorprendidos al ver á la pantera concluyendo de devorar su víctima.

Al momento la fiera, que acababa de percibirlos, dió un salto hácia ellos; pero MM. Emanuelli y Valentini, conservando su sangre fria, le tiraron cuatro tiros, tendiendo muerto á sus piés á tan terrible animal, que no medía ménos de 2 metros y 50 centímetros de largo.

Al dia siguiente aparecieron en aquellos contornos la hembra y sus cachorros.



PESCA CON ESPARAVEL Ó ATARRAYA.

estaban para dar alcance. En su huida ésta llegó á la vía del ferro-carril en el momento en que pasaba un tren. De un salto franquea la vía dos metros delante de la máquina. Los perros, en el ardor que los animaba, se enredan en los wagones, entre cuyas ruedas murieron dos, escapando la liebre al tercero.

La pesca de la perla.—Con motivo de la renovacion de

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA

DE

GUTIERREZ DE LA VEGA.

Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.

La Biblioteca Venatoria se publica en tomos en 8.º español, á unas cinco pesetas por término medio cada uno, ó poco más ó ménos, segun la extension de la obra y el grueso del volumen; precio módico, porque van compuestos con caracteres nuevos elzevirianos, preciosas viñetas,

letras de adornos, y estampados en hermoso papel de hilo con portadas á dos tintas; es decir, con todo el esmero que requieren estas imitaciones del buen gusto antiguo.

Se ha publicado el *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, establecido el texto primitivo sobre los dos Códices del Escorial; el famoso y antiquísimo manuscrito de la Cartuja de Sevilla, propiedad hoy de S. M. el Rey; la copia del diligente Palomares, consultando esos códices, y las numerosas anotaciones de los eruditos Llaguno y Amirola y Cerdá y Rico al libro de Argote de Molina, todos ellos trabajos inéditos y de grande estimacion.

El *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, de que se trata y que lleva además un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega, consta de dos gruesos tomos, que han valido por suscripcion á 6 pesetas cada uno en Madrid y á 7 pesetas en provincias.

Al mismo precio podrán adquirirlas todavía los nuevos suscritores.

Fuera de suscripcion se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid y 60 en provincias.

El volumen III de la Biblioteca Venatoria está en prensa, y contendrá el solo dos obras, el *Libro de la Caza*, del principe D. Juan Manuel, y el *Libro de las Aves de Caza*, de Pero Lopez de Ayala.

Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administracion y mandando letra de cambio por el valor de la suscripcion.

REDACCION Y ADMINISTRACION de la Biblioteca Venatoria y de la ILUSTRACION VENATORIA: Calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

Madrid, 1878.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.